

DE ESTRIDÓN, Jerónimo, *Tres vidas en el desierto* (Silvia Acerbi, trad.). Madrid, Editorial Trotta, 2023, 144 pp. ISBN 978-84-1364-195-9.

Con el título *Tres vidas en el desierto*, la filóloga e historiadora Silvia Acerbi publicó en 2023, bajo el sello de la Editorial Trotta, las hagiografías de san Jerónimo: *Vida de Pablo*, *Vida de Malco* y *Vida de Hilarión*. La relevancia de estas obras para la historia monástica y literaria ha estado vigente por largo tiempo. Ya en el siglo VI el *Decretum Gelasianum* recomendaba su lectura a los fieles de la Iglesia romana; durante la Edad Media se les trujo a varias lenguas orientales, y en el siglo XIII Jacobo de la Vorágine las incluyó en su *Leyenda Áurea*. Las últimas versiones castellanas se encuentran en el tomo II de las *Obras Completas* de Jerónimo, editadas por la BAC (2002), y en los números 76 (1986), 109 (1994) y 115 (1995) de la revista *Cuadernos Monásticos* de los Benedictinos del Cono Sur. De estas *Vitae* jeronimianas, sobre las cuales hay consenso «en su alta calidad literaria y en valorar la enorme influencia que ha tenido hasta nuestros días, tanto para la historia de la literatura universal como para la historia del arte» (p. 34), la presente edición toma el testimonio de su vigencia y las ofrece al lector moderno con un nuevo aparato crítico y con las últimas actualizaciones sobre la materia.

Eusebius Sophonius Hieronymus, san Jerónimo, nació en Estridón, provincia romana de Dalmacia, hacia el año 346. Estudió retórica en Roma, donde se halló, según él mismo, «a menudo metido entre las danzas de las muchachas» (*Ep.* 22, 7) y en «el resbaladizo camino de la juventud» (*Ep.* 7, 4) (p. 14). Hacia el 367 fue a la corte de Valentiniano I en Tréveris para iniciarse en la administración. Por entonces leyó la *Vita Antonii* de Atanasio, que desencadenó en él el deseo de la vida ascética. Su primera experiencia monástica la tuvo en Aquileya junto a Rufino y otros, en tiempos del obispo Cromacio.

Entre los años 375 y 377 Jerónimo se inició como hagiógrafo con la *Vita Pauli* mientras vivía en el desierto de Calcis. Tras el bienio se ordenó presbítero en Antioquía, conoció a Gre-

gorio Nacienceno en Constantinopla y volvió a Roma en 382, donde el papa Dámaso lo nombró su secretario y le encomendó traducir al latín las Sagradas Escrituras. En esta etapa romana se rodeó de mujeres dedicadas a la vida espiritual siguiendo la tradición de las *virgines, viudae* y *continentes*, que se reunían en el «cenáculo del Aventino». Al respecto, el dalmata escribió: «les declaré con frecuencia los libros divinos [...]. La lección trajo consigo la asiduidad; la asiduidad, la familiaridad; la familiaridad, la confianza» (*Ep.* 45, 2).

El grupo de damas romanas, su actividad intelectual siempre polémica, su rudo concepto del monacato y sus incisivas opiniones respecto del clero le granjearon tales enemistades a Jerónimo que su estancia en Roma se volvió imposible tras morir Dámaso y sucederlo Siricio, quien en 384 le prohibió escribir y publicar. El estridonense, entonces, partió a Tierra Santa secundado por Paula y su hija Eustoquia —ambas del «cenáculo»—. Se instaló en Belén y continuó allí la vida ascética hasta su muerte en el 419. Los primeros siete años desde su llegada, escribió obras de variado género, entre las cuales están sus hagiografías *Captivum monachum*, o *Vida de Malco*, y *Vita Hilarionis*, que completan la «trilogía» que enseguida pasamos a tratar.

Siguiendo el orden de redacción de las hagiografías, detengámonos ahora más en detalle a considerarlas en su contexto de producción, su trama y sus características literarias.

La *Vita Pauli* se escribió para responder a quienes dudaban «quién fue el primero de los monjes en ir a morar en el desierto» (*VPau* 1, 1). La historia se contextualiza, mediante dos ejemplos de martirio, en la época de la persecución de Decio, a mediados del siglo III. Pablo, oriundo de Tebas, en Egipto, cuando rondaba los dieciséis años fue chantajeado por su cuñado pagano, que amenazó con delatarlo si no le cedía toda su herencia. El joven dejó sus posesiones a su hermana y escapó al desierto. Allí se quedó dentro de una antigua gruta donde pasó el resto de sus días orando y ayunando hasta cumplir ciento trece años. Por entonces, el ya célebre Antonio de Egipto creía ser el primer monje que habías



instalado en el desierto, pero una noche le fue revelada la existencia de alguien que le precedía en tiempo y virtud, a quien debía visitar con premura. Así pues, Antonio emprendió su camino, en el cual tuvo por guías a un centauro, un sátiro y una loba. Cuando ambos anacoretas se encontraron compartieron fraternalmente la plegaria y la ración de pan que un cuervo llevaba diariamente a Pablo; en honor de la hospitalidad, dicha ración fue aumentada para que ambos comieran. Tras el encuentro, Antonio volvió a su retiro, pero pronto, a instancias de otra revelación, tuvo que regresar a la gruta a fin de inhumar el cuerpo exánime de Pablo. Dos leones cavaron la sepultura. Antonio, tras heredar la túnica de palma del tebano, queda investido como su discípulo y sucesor.

Esta historia se inmortalizó rápidamente en la cultura oral, literaria e iconográfica de la Iglesia en occidente, aunque la falta de testimonios contemporáneos inclina a los estudiosos a creer que se trata solo de un relato edificante sin base histórica. Otros lo ven como una emulación grosera, y deslealmente competitiva, de la *Vita Antonii* de Atanasio.

Una teoría a favor de la existencia real de Pablo vino por H. Delehayé, según la cual hacia el siglo IV se celebraba una fiesta litúrgica en Oxirrinco (Egipto) dedicada a un Pablo de Tebas, que sería el mismo biografiado por Jerónimo. Asimismo, hay quienes han postulado que la *VPau* vino a consolidar una serie de tradiciones orales y, probablemente, literarias que habrían referido a un anacoreta como él. Esta teoría surge del texto mismo, cuando Jerónimo dice: «Algunos [...] expanden estas y otras historias similares: uno que vivía en una caverna subterránea, con la cabellera larga hasta los talones y muchas otras cosas increíbles» (*VPau* 1, 3). Creemos que esta última es la mejor manera de leer la hagiografía, pues no corresponde evaluar estos textos en términos de veracidad o falsedad. Las «inconsistencias» de la historia, más que restar credibilidad, tienen un sentido «iniciático»: la soledad total del protagonista y la necesidad de un personaje mediador entre el santo y el lector otorgan a este último la posibilidad de un encuentro personalísimo, maximizando la introspección y el examen de conciencia.

La segunda hagiografía jeronimiana, *Captivum monachum* o *Vida de Malco*, cuenta la histo-

ria de un joven sirio de acomodada cuna que, tras adoptar la vida monástica, movido por la nostalgia del hogar y la familia, y a pesar de la oposición de su padre espiritual, dejó el monasterio para volver a su aldea. De camino a casa, Malco fue capturado y esclavizado por caravaneros sarracenos que le obligaron a casarse con otra cautiva. Tras las nupcias, que no consumaron, vivieron juntos en castidad y penitencia. Cuando tuvieron oportunidad, escaparon de sus captores siendo protegidos en su fuga por una leona. Finalmente, Malco pudo reingresar al monasterio y su esposa fue a vivir en una comunidad de vírgenes.

Frente al anacoretismo de Pablo, la *Vida de Malco* elogia el cenobitismo, es decir, la vida ascética comunitaria y bajo obediencia, sobre la cual medita mientras observa un hormiguero: «empecé a asquearme de la cautividad, a añorar la celda del monasterio y a echar de menos, por el parecido con aquellas hormigas, el trabajo en común» (*VMal* 7, 3). Pero Jerónimo aun va más allá del cenobitismo al encomiar la vida matrimonial abstinentemente. «Tómame [...] como una esposa casta [...] Que crean los dueños que eres mi marido, Cristo sabrá que eres mi hermano», le decía su esposa a Malco la noche de bodas, a lo que él comentaba: «admirado de la virtud de la mujer, la amé más que una esposa [...] nunca miré su cuerpo desnudo, nunca toqué su carne» (*VMal* 6, 7-8). Este modo de vida se asimila al de las *virgines subintroductuae* y *agapethai*, que convivían con un hombre, generalmente clérigo, pero sin trato carnal. Esta práctica fue tolerada por algún tiempo, pero finalmente prohibida. Jerónimo las consideraba como «concubinas» y «meretrices de un solo hombre» (*Ep.* 22, 14). Aun así, todo indica que las damas romanas por él frecuentadas no le merecían la misma opinión, y puede que con esta historia intentara justificar en algo su cercanía con Paula y Eustoquia.

La tercera y última hagiografía jeronimiana es la *Vita de Hilarionis*. Hilarión, oriundo de Gaza, nació en una familia pagana. Estudió retórica en Alejandría, donde concurría a la asamblea de los cristianos destacándose por su piedad. Con quince años se internó en el desierto como novicio de san Antonio durante dos meses, pasados los cuales regresó a Palestina. Allí supo de la muerte de sus padres y repartió su herencia entre los pobres para





continuar su vida en el desierto, algunos kilómetros al sur de su ciudad natal. Cuando creció su fama como taumaturgo buscó otros lugares para refugiarse, comenzando un largo e incesante peregrinar entre ciudades, puertos y yermos, en permanente tensión entre la soledad total del místico y las multitudes que acuden al santo milagroso. A los sesenta y tres años volvió a Egipto, desde donde inició un periplo insular—clara referencia a las misiones paulinas— que concluyó en Chipre, donde murió pasados los ochenta años.

Mientras que las dos primeras hagiografías proponen ideales monásticos particulares, la *Vida de Hilarión* presenta a un monje difícilmente clasificable en la bipolaridad vida solitaria-vida común o anacoretismo-cenobitismo. Su forma de vida y sus milagros colosales y pintorescos—hacer que llueva, detener un maremoto, perjudicar al equipo ecuestre pagano y darle la victoria al cristiano, etc.— corresponden más al variopinto ascetismo sirio, en el que Hilarión pareciera ser un monje girívago o, como les llamó Jerónimo, un *remuoth*, es decir, un asceta errante, por lo que debe considerarse dentro del amplio espectro «de las diferentes formas de ascesis monástica que se habían implantado en el Oriente cristiano en la segunda mitad del siglo IV» (p. 103).

Las *Vitae* jeronimianas se han analizado desde múltiples perspectivas y disciplinas a lo largo del tiempo. Silvia Acerbi, en su calidad de historiadora y filóloga, parte de una de las premisas tradicionales, consistente en leerlas como despliegue del propio autor en dos sentidos: 1) como representación de prototipos monásticos ideales y 2) como autobiografía velada tras los personajes referidos.

El autor presenta tres maneras de ser monje. De Pablo, quien «aunque desnudo, conservó el vestido de Cristo», destaca su renuncia total y valora el anacoretismo como la ascesis perfecta. De Malco, cuyo testimonio es «una historia de castidad para personas castas» (*VMal* 11), admira el cenobitismo, el mantenimiento de la virtud a toda costa y aun en un estado de vida ajeno al estrictamente monástico, además de su arrepentimiento y perseverancia, por los cuales pudo volver otra vez al monasterio. Por último, en el caso de Hilarión, su vida aparece como la más fuera de serie, sobre todo considerando el encono con que

Jerónimo se refirió a veces a los monjes errantes; en este caso particular, dicha errancia encuentra su origen y culmen en la virtud del personaje, que se explicita en los portentos por él realizados.

En la impronta monástica de cada monje, Jerónimo habría reconocido y proyectado algo de su propia búsqueda espiritual, de su propio mundo interior y las vicisitudes y lides que afrontó. Refiriéndose a la gran austeridad del bienio en Calcis, al final de la *VPau* se dirige al lector diciendo: «Te suplico, quienquiera que seas el que esto lee, que te acuerdes de Jerónimo el pecador, el cual, [...] habría elegido la túnica de Pablo con sus méritos y no las púrpuras de los reyes con sus reinos» (*VPau* 17, 3; 18). Aludiendo a su entretenero con el papa Siricio, comienza la *VMal* pretendiendo «ejercitar» su pluma luego de que le hiciera «callar aquel para el que mi palabra es un suplicio» (*VMal* 1, 2). Mientras que en el prólogo de la *Vita Hilariónis* menciona el descrédito que tuvo su primera *vita*: «quizás aquellos que antes denigraron mi *Vida de Pablo* también ahora lo hagan con la de Hilarión; a aquel lo calumniaron por su vida solitaria, a este lo harán por su vida en el mundo» (*VHil* 1, 6). Estas y otras marcas textuales que indicarían contenidos o referencias autobiográficas, Acerbi las menciona y explica tanto en el estudio preliminar del libro como en las notas finales de cada hagiografía. Ahora bien, la traductora descarta la interpretación de estos escritos jeronimianos como una simple autobiografía velada, considerándola como «una *hermeneusis ex post* difícilmente aceptable», y sosteniendo que Jerónimo «no tenía elaborado un esquema compositivo», tratándose más bien de la ««evocación» de una atmósfera espiritual» (p. 41).

El estridonense fue uno de tantos intelectuales cristianos de su tiempo que contribuyeron al «esfuerzo tenaz de recodificación de la memoria cultural» (p. 36), en que la literatura grecorromana era «una especie de morfología cultural unitaria» (p. 35). Jerónimo, reconociéndose tributario de tal tradición y aun tras la *admonitio in somnio*, en que una voz ultramundana le dijo: «eres cicero-niano, no cristiano» (*Ep.* 22, 30), no pudo evitar, al pedir el estro para «narrar la conducta y vida» de Hilarión, parangonarse con el propio Homero que, «si aún viviese, o me envidiaría por el argumento o fracasaría» (*VHil* 1, 4).

En la pluma de Jerónimo se manifiestan los Clásicos en formas, contenido y temáticas: la cueva de Pablo como *locus amoenus*; la búsqueda de la virtud y la lucha contra las pasiones como la *agonística* del héroe; la representación del taumaturgo cristiano como superación del teúrgo pagano. Asimismo, «en las *Vitae* jeronimianas encontramos influencias narrativas de los *bioi* encomiásticos de Jenofonte» (p. 34), y elementos pitagóricos y neoplatónicos que forjaron las vidas helenísticas plutarquianas; viajes (literatura odepórica), fauna extraordinaria e ignota (teratología) y grandes portentos (paradoxografía).

Jerónimo también hace gala de sus vastos conocimientos sobre la época y sus usos. Adorna el relato «con detalles etnográficos y folclóricos», cuando exhibe sus saberes sobre «los rituales mágicos [...] con los que se entremezclan la mayoría de sus intervenciones milagrosas», o cuando hace descripciones de los exorcismos, que «parecen tomadas de un manual de pruebas gímnico-atléticas» (p. 102).

Una de las afirmaciones de Acerbi que más nos llamaron la atención —permítasenos este gusto personalísimo— fue que Jerónimo usa «perífrasis o expresiones de cuño pagano que evidencian que todavía no había sido codificado un léxico latino monástico específico» (p. 37). El dálmata bien pudo ser uno de sus pioneros; no por nada se pre-

ocupó tanto por el monacato oriental y tradujo al latín algunas de sus obras, como la *Regla de san Pacomio*. Creemos que la primera muestra cabal de una terminología monástica latina vino con Juan Casiano (s. iv-v) y se consolidó con Benito de Nursia y Gregorio Magno hacia los siglos vi y vii. Pero eso es harina de otro costal... Aun así, sugerimos al lector acercarse a obras tales como *Instituta Coenobiorum* y *Collationes* de Casiano, y los *Diálogos* de san Gregorio Magno.

*Tres vidas en el desierto* es un libro polifónico en el cual escuchamos las voces arcanas de Pablo, Malco e Hilarión tras la pluma jeronimiana, alternándose entre susurros oracionales y estentóreas invectivas. Se oyen, asimismo, las voces de un deliberado remanente cultural pagano usado como paradigma literario y estilístico donde florecen los brotes de la Revelación. Por todo ello, este libro es una «captura» o «muestra» de tiempos personales, eclesiales e históricos de los cuales bebemos hasta el presente mientras permanecemos en un continuo trasvasijar de vinos y odres (*Cfr. Mt 9, 17*).

Pablo Ignacio SEPÚLVEDA LÓPEZ

Santiago de Chile

E-mail: [pablo.sepulveda.l@ug.uchile.cl](mailto:pablo.sepulveda.l@ug.uchile.cl)

ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-0646-8255>

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.cemyr.2025.33.22>

